

RESEÑA

Antonio González Bueno y Alejandra Gómez Martín, *La botica de Lope*, edición bilingüe (español/inglés), Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2024, 254 pp. ISBN: 9788445141250.

GUILLERMO SERÉS (Universitat Autònoma de Barcelona)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.588>>

Este libro es el catálogo bilingüe (español e inglés), excelentemente redactado, documentado e ilustrado, a cargo de Antonio González Bueno y Alejandra Gómez (director y conservadora del Museo de la Farmacia Hispana, de la Universidad Complutense), de una exposición de farmacopea y afines que se presentó en la Casa-Museo Lope de Vega, de Madrid, con el hilo conductor del *Thyrocinio pharmacopeo* (publicado en 1673) del farmacéutico Jerónimo de la Fuente, amigo personal de Lope de Vega. A propósito de la muestra se describen e ilustran, con textos del mismo Lope y con imágenes, las enfermedades y remedios, reales o fantásticos, técnicos o populares, empíricos o «mágicos», que aparecen en las obras del Fénix. Se completa con la descripción de una colección de libros de referencia, plantas medicinales, botes y cajas de botica, redomas, alambiques, morteros e incluso sustancias y bálsamos mágicos, como los extraídos de «la uña de la gran bestia» (p. 153), o sea, la pezuña derecha del alce, la «piedra bezoar» o el «cuerno del unicornio» (p. 154), cedidos por el citado Museo de la Farmacia Hispana y por la Colección Histórica de Drogas de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense.

Tras la presentación de la presidente de la Comunidad de Madrid, en el capítulo primero —«Jerónimo de la Fuente Izcala [o Piérrola] (1599-1673-83), “un boticario en la vida de Lope de Vega”», pp. 11-16— los autores trazan una semblanza de aquel farmacéutico, que ya estaría en la corte hacia 1620, sirvió en la Real Botica (1634-1650), ejerció como boticario en el Real Hospital de la Corte (por lo menos hasta 1673) y trabajó en la Botica del Hospital General. También fue amigo Lope

de los boticarios Juan Pérez y Bernardo de Anaya, cuyos nombres, entre otros, figuran en *El laurel de Apolo* (1630), como el de Jerónimo de la Huerta, o Pedro García Carrero, médico de cámara de Felipe III, y eventualmente de Juana de Guardo, esposa de Lope; tuvo asimismo el Fénix una estrecha relación con Sebastián Jaime, que «le asistió durante sus padecimientos en Valencia» (p. 15), como recuerda en varias cartas elogiosas.

En el capítulo segundo («La salud de Lope», pp. 17-30), se señalan y contextualizan algunas de aquellas cartas del Fénix que señalan las vicisitudes de la salud de sus hijos, su mujer (entre 1611-1612), de la suya propia por la epidemia de fiebres de 1611, por el golpe de una caída que le mantuvo en 1612: le impedía escribir y «para reparar la osamenta dañada, dispusieron una bisma, un emplasto destinado a apretar la parte del cuerpo donde se aplica» (p. 21); las dolencias de Carlos Félix (que morirá por unas fiebres en 1612), de su hija Marcela, en 1614; las descripciones de catarros, cefaleas, extracciones de muelas, la epidemia de peste de 1615, que le pilla en Toledo, una «ciudad tan enferma, que solo duran los que lo están a tres y a dos días» (p. 23); la agudísima fiebre que le retuvo en una cama valenciana en 1616 diecisiete días; los dolores de su hija Feliciano, en 1617, un año en que fue víctima de un «tabardillo», o sea, del tifus; se recogen noticias médicas de los años siguientes, también de las de sus amantes, como la de Amarilis, en 1628. Con todo, la que más le afectó fue la progresiva pérdida de visión de Marta de Nevares ese mismo año; a la ceguera siguió una pérdida de juicio, seguramente consecuencia del mismo tumor cerebral. Intuyen que Lope muere (en 1635) a causa de una enfermedad cardíaca, tal como se desprende de sus sintomáticas palabras al duque de Sessa: «dábame cuidado un dolor que tuve al pecho izquierdo que me quitaba por instantes la habla» (p. 29). Se trataría de una endocarditis como consecuencia de un «reumatismo poliarticular, originado a causa de un foco infeccioso dentario», cuyo origen remoto sería el «rostro hinchado de un corrimiento» del que dio noticia a Sessa, en 1611, «que le hizo menester de sangría» (p. 29).

En el capítulo tercero («De médicos, boticarios y cirujanos», pp. 31-58) recuerdan cómo en las obras de Lope la frecuente presencia de los galenos alterna con la de alcahuetas, comadres y un «sinfín de falsos profesionales», y menudean las citas de los oficios, cuyas características comunes, según Lope, «es el elevado coste de sus salarios profesionales» (p. 32). El Fénix no tiene una visión tan negativa de los médicos como Quevedo, porque, según aquel, su ejercicio requiere una formación com-

pleja, lo que comporta, en justa correspondencia, «un notable prestigio social» (p. 37). Obviamente, censura gravemente a quienes practican la medicina sin conocimiento, como señala al final de *La hermosura de Angélica*: «que no desprecio yo la medicina, / sino en quien la ejercita la ignorancia» (II, vv. 451-452, p. 39). El tópico de los falsos médicos recorre su obra entera, aunque lleven el anillo y la mula, que «es otro de sus elementos que acompañan al médico en su trabajo profesional y le sirven de símbolo» (p. 40). También señalan los comisarios la importancia de los hospitales, cuya fundación y sostén son las «limosnas recibidas; una protección que no es continua en el tiempo, sino sometida a las condiciones impuestas por la situación social y política» (p. 43); lo principal, con todo, era el sustento de aquellas instituciones: «las aves y el cabrito; almendradas y bizcochos, pasas y huevos» (p. 46). Los ejemplos de medicación son peculiares, como la girapliega [*hieraprica*] a que alude en *El mejor maestro, el tiempo*, que es un «electuario compuesto de diferentes ingredientes, entre los que se encuentra leño aloe, palo de lentisco, canela, espica indica, ásaro y otras especies que, pulverizadas, se mezclan con tres partes de miel clarificada. Su empleo habitual fue purgar el estómago, quitar las obstrucciones y purificar la sangre» (p. 46).

En el cuarto capítulo («De enfermedades y síntomas», pp. 59-72) se centran en la dolencia más documentada y estudiada desde la Antigüedad, la melancolía: un humor al que achacaban diversas dolencias, físicas y espirituales, pero también virtudes y ventajas intelectuales. No se olvide que la sublimada melancolía, real o literaria, recorre buena parte de la literatura del Siglo de Oro, ora asociada al mal de amores, ora a la genialidad (como subrayará e ilustrará profusamente Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*), desde los lejanos *Problemas* aristotélicos, hasta el punto de ser considerada por su teórico más conocido, Richard Burton (*Anatomía de la melancolía*, de 1621), la enfermedad más característica de su tiempo. El repertorio de síntomas, gestos, actitudes, comportamientos y situaciones la hacían reconocible para cualquier lector o espectador avisado que, por ejemplo, viera *Los locos de Valencia* (c. 1590-1595), con un despliegue de síntomas del humor negro y sus causas y consecuencias, especialmente el mal de amores: «VERINO Un poco la sentí de calentura; / viene también de humores melancólicos: / aqueste mal se llama catalepsis, / con el furor y frenesí partícipe; / aunque más propiamente los antiguos / llamaron este mal de vuestra Fedra / *erotes*, que es un género de tristes / que solo del amor están enfermos» (vv. 2106-2114). Más abajo vienen los remedios:

«nunca encerréis al loco melancólico, / sino sacadle a ver gustos y fiestas / y dadle vino, si saberlo quiere, / que desbarata mucho aquellas sombras, / los humos densos y vapores crasos; / que, en efecto, es humor árido y frío» (vv. 2140-2146): las «sombras» de la *atra bilis*. También en *El peregrino en su patria* y en *La dama boba* aparece el *erotes*, cuando no la limítrofe epilepsia, por otro nombre *apoplegia*. A otros personajes acuden con frecuencia las opilaciones (o sea, los procesos obstructivos), como en *Los melindres de Belisa* o en *El acero de Madrid*, ya fuera real, ya una eventual impostura de sus síntomas, porque Lope muchas veces utilizó figuradamente «la banalidad y la realidad de una opilación» (p. 66). El insomnio o el desvelo por la enfermedad de amor es otro de los síntomas omnipresentes, incluso en las obras últimas, como *La Dorotea* (1632), porque «el mal de amores es la enfermedad que prevalece en los textos de Lope, con sus muchas y variadas modificaciones» (p. 70). Los personajes no dejan de citar otras dolencias «comunes», con sus nombres usuales, como el garrotillo, el lamparón, la escrúfula o el romadizo, con sus respectivos, y muchas veces inventivos, remedios.

Los autores titulan el quinto capítulo «De medicamentos» (pp. 73-110) y describen la práctica y dinámica de las recetas, que señala con desparpajo Tristán en *El perro del hortelano*: «¡Basta, que sois los amantes / boticarios del amor, / que como ellos las recetas / vais ensartando en papeles! / “Récipe celos crueles”: / agua de azules violetas. / “Récipe un desdén estraño”: / *sirupi del borrajuorum* / con que la sangre *templorum* / para asegurar el daño» (vv. 1375-1384), que denotan la familiaridad con las fórmulas en latín; cuando no, «el agua de violetas, el jarabe de borrajas y purgante de antimonio, este último, elemento básico del ungüento de plomo» (p. 74). La receta médica, por otra parte, era un motivo usual para enmascarar recados, avisos o billetes de amor: «Pues ¿qué decía? / *Recipis aquis* apriesa / de don *Juanis de Viberus* / con que *quedabitur* buena» (*Lo que pasa en una tarde*, (vv. 2927-2929, p. 75). Ni que decirse tiene que las recetas también pueden tener un sentido figurado: «Récipe para hacer / que se muera una mujer / por un hombre» (*La quinta de Florencia*, vv. 761-763), y le señala los ingredientes de la fantástica fórmula magistral: interés por encima de la ley, el viento de la nave de Elena, siete libras de hilo de la nave de Teseo, o el sueño de Morfeo.

González Bueno y Gómez Martín dedican un subapartado a la botica (pp. 82-89), cuyos botes, cajas de madera, hierbas, aguas, jarabes y almireces son traídos y llevados en los versos de las comedias; también las alquitaras, los serpentines o las

redomas, real o figuradamente, como el alambique y la sangría de *zurujo*: «Nunca pude ver, por Dios, / estos amantes de fama. / Todos dicen a su dama: “ojos, decíselo vos”. / ¿Razones de alambique / me vas ahora sacando / cuando el brazo está aguardando / a que el barbero le pique?» (*La francesilla*, vv. 507-515, p. 85). Probablemente, con todo, sea en *La gatomaquia*, donde Lope «reflejó con más detalle el interior de una botica, aprovechando las idas y venidas gatunas de la bella Micilda, domiciliada en una rebotica» (p. 86). Capítulo aparte merece la descripción de preparados que utilizan las mujeres para acicalarse, como reproduce en *La buena guarda* (vv. 69-124) y que tanto afeó Quevedo con sus mujeres artificiales.

Al «jardín» le dedican las páginas siguientes (pp. 89-91), que ilustran, a partir de *Hortelano era Belardo*, con las sustancias que recomienda Galeno para las diversas complexiones; el poema también incluye «comentarios sobre la utilidad de las plantas, donde resuenan las ideas expresadas por Andrés Laguna en su versión castellana de los textos de Dioscórides» (p. 89); con *Los Ponces de Barcelona* ilustran las virtudes de los jardines medicinales renacentistas. Cierran el capítulo quinto con los «medicamentos habituales» (pp. 91-106), donde, junto con las purgas, sangrías y jarabes, señalan las referencias hipocráticas, galénicas y avicénicas; además de una sesentena de los llamados «secretos mágicos» (pp. 94-96) señalados por Javier Blasco; por ejemplo: «conforta el narciso los nervios y aclara el rostro», «la simiente del lino, con miel y pimienta, excitas los deseos amorosos», «la esmeralda causa buena memoria», etc. En todos ellos «lo fantástico se combina con lo racional, dentro de la teoría humoral» (p. 96). Consecuentemente, Pánfilo de Luján «buscó en los días que allí estuvo algunos remedios para olvidarla, pero como no hay anacardina para el amor como los celos, mientras más intentaba oscurecer el que tenía, más se abrasaba en el sol de su memoria» (*El peregrino en su patria*, p. 98); se refiere a la confección de anacardos, que tenía fama de restaurar la memoria. Como la tenía el *centum capita* de curar la melancolía, cuya «raíz hermafrodita» hace «el efecto; pero vaya esta mentira con las demás fábulas» (*La Dorotea*, III, 4); más abajo la identifica con la mandrágora, «de conocidos efectos afrodisíacos, eméticos, sedantes y analgésicos» (p. 101). Ni que decirse tiene que si la melancolía es la enfermedad por excelencia en los textos del Fénix, los purgantes son el remedio por antonomasia, junto con las sangrías y las triacas. Con los medicamentos «imaginados» (pp. 106-109) se cierra el capítulo, tales como las rosas que la maga Fotis aconseja tomar a Lucio en *El asno de oro*, de Apuleyo, o el aceite de lágrimas de

mujer que el criado Girón aconseja a su señor en *Servir a señor discreto*. No menos mágico es el remedio de doña Juana en *La hermosa aborrecida*: «Vuesa merced mande luego / coger diez onzas de estrellas, / seis libras de humo de estopas / y dos pelos de piedras, / y aplicado a la barriga / con un pedazo de estera / para que no la lastime, / no le dolerán las muelas» (vv. 2017-2024, p. 108).

En el sexto capítulo («Fuentes terapéuticas en la obra de Lope», pp. 111-118) los autores del libro señalan a los estudiosos que han recopilado la documentación que pudo haber tenido Lope a la vista: Galeno, el más citado, Avicena e Hipócrates, así como Al-Razí, Teofrasto, Plinio, Dioscórides, y Vesalio en menor medida; lo que no significa «que el literato consultara la obra» (p. 113) de aquellos, sino que su cita y referencia eran moneda corriente. Además, claro, las procedentes de las enciclopedias generalistas, como la *Officina* de Ravisio Textor, o Paracelso, citado textualmente en *La Dorotea*, a la par que algunos filósofos renacentistas, como Marsilio Ficino. Por aquella obra tardía «también desfilarán el alquimista Bernardo el Trevisano y Arnau de Vilanova» (p. 116), a través de Leo Suabio, seudónimo de Jacques Gohory, cuyo *Philosophiae et medicinae utriusque universae compendium* (1567) supone un esfuerzo de «interpolación de las ideas de Paracelso con el contexto de la tradición platónica y hermética» (p. 117) para todo lo referido al llamado «oro potable», que toma algún personaje de *La Dorotea*. El capítulo séptimo («Archivos y referencias», pp. 119-128) se centra en el centenar largo de asientos de referencias con la descripción completa, que son de una utilidad indudable y dan fe del rigor de los comisarios, de su conocimiento de las plantas medicinales y adminículos de botica e incluso de las sustancias y bálsamos mágicos como los citados.

La «selección de piezas» del capítulo octavo (pp. 129-155) está bellamente ilustrada con las respectivas fotografías en color, complementos del citado *Thyrocinio pharmacopeo* de Jerónimo de la Fuente, del que reproducen la portada y significativos fragmentos. Empieza con las «farmacias de viaje», que llevaban consigo las clases más pudientes o en las campañas militares: en ellas «se transportaban simples medicinales», y se diferenciaban de los botiquines de viaje en que «los frascos que contienen los medicamentos» los conservan ya elaborados (p. 131). Es una bella pieza de madera policromada y metal para los herrajes, con las inscripciones de los cajoncillos donde se guardaban los simples. También incluyen grabados y reproducciones de portadas y cubiertas de libros de farmacopea. En la sección «La botica de Lope» encontramos fotografías (y las consiguientes descripciones y explicaciones)

de recipientes, instrumentos y utensilios varios: orzas, albarelos («de forma cilíndrica, con una cintura marcada en el centro de la pieza que facilita su agarre, [...] para almacenar preparaciones sólidas o viscosas»), cajas para medicamentos, botes para drogas y de farmacia, morteros, botijos para contener medicamentos, un «cajón de ojo de boticario con antimonio» y «cajoncillo» con mercurio, redomas, un bote con víboras para la elaboración de la triaca, alambique con caldero receptor, alquitara, ambos de cobre, almiireces, sangraderas, «azúcar pilón», «bola de polvo de rui-barbo», pan de oro, «tierra sellada», «piedras de hierro» (tenían «virtud desecativa y desopilante; esto es, desobstruiría y abriría los conductos para que los humores fluyeran más libremente», p. 147), «piedra bezoar» (muy presente «como composición de un alexifármaco, junto con otros elementos singulares: la tierra sellada y el palo santo», p. 78), «cuerno de unicornio» y «píldoras perpetuas». Dedicar un espacio específico para las hierbas en la subsección «El jardín» (pp. 156-157), para señalar las propiedades de la borraja, las habas, la hiedra, la menta y el romero, con sus respectivos nombres en latín, buenas fotografías y rigurosas explicaciones de sus propiedades.

Desde la página 159 hasta el final se extiende la versión inglesa (*Lope's Apothecary*) de todos los capítulos, salvo el último, para evitar la duplicación de las ilustraciones fotográficas. Bienvenido sea este estupendo y útil libro, que es mucho más que un catálogo de una exposición, porque aporta una información preciosa, bien documentada e ilustrada, de muchos *realia* médicos y farmacéuticos, y de otras tantas supersticiones curativas, oficios y costumbres del ramo que tantas veces se dejan sin anotar, y cuyas fuentes, documentación y sentido se cuidó mucho de buscar Lope de Vega, ya sea como fundamentos científicos, ya como motivos o tópicos estrictamente literarios, ya como referencias imaginarias.